GEOGRAFÍA DE LA ISLA DE
SAN JUAN BAUTISTA DE PUERTO RICO

por

José de Diego, 1866-1918

Edición de
Rafael Andrés Escribano
rafael.andres.escribano@gmail.com
2012 d.C.

LECCIÓN ÚNICA

*Para mis amados y simbólicos «sobrinos»
del «Instituto» y la encantadora muchedumbre
estudiantil que terminará la geografía y fundación
de nuestra patria.*

I

Venid los tres, mis amados
Georgina, Elisa y Pepito,
que en el Instituto aguardan
mis cuatrocientos sobrinos;
venid todos, escolares,
adolescentes y niños,
que, todos portorriqueños,
sois, como los tres, mis hijos,
y por razón de las cosas
y el tiempo en que hemos nacido
podéis escucharme, como
si un siglo hablara a otro siglo.

Ya sabéis que allí se estudia
en castellano castizo
y, por más y nuevo modo
del parentesco legítimo,
hagamos hoy nuestra fabla
en aquel romance antiguo,
que es el ascendiente clásico
de nuestro lenguaje lírico.
Seguid a las aulas… pero
¿a cuál, para tantos chicos?
Dejemos el Instituto
y formad en la Isla un círculo,
mientras yo, con mis muletas,
trepo al Yunque del Luquillo.

Ya estamos… ¿Qué asignatura
trataré, sobre este pico?
Pues que, desde aquí, descúbrese

todo el paisaje magnífico
y a los cuatro vientos tiéndese
la Isla del Paraíso:
«Geografía de la Isla
de San Juan de Puerto Rico»:
«Bo-ri-quen», en lengua autóctona,
«Tierra del Valiente Indio»,
pero cuando el gran Christópherus,
Christo-ferens, trajo a Cristo,
confió al propio Bautista
la gracia de su bautismo,
para grabar en su escudo
de la redención el símbolo…

Adelántese uno ahora,
cualquiera, el más pequeñito,
y vaya diciendo todo
lo que hubiese aprendido.

Bien, las ondas del Caribe…
El Canal… Santo Domingo…
Las Cabezas de San Juan
(que echó Salomé en olvido)
El Cabo de Mala Pascua…
(Mala habríala un navío)
Vieques, Culebra… marítima,
Punta Guánica… Morrillos,
donde muerde el viento… Aguada,
porque se la dio al Marino,
Punta Borinquen, la punta
que apunta para Arecibo
y Palo Seco, tan seco
que en el mar ha florecido.
Bien, el sistema orográfico…
De los montes a los ríos…
De los ríos a los frutos…
Y después a los caminos,
para llegar a los pueblos
que comprenden los distritos,

Muy bien, la extensión ahora…

¡Ahora sí que te has perdido!
¿No llega a cuatro mil millas?
Así lo dicen los libros…

¡Embustes de los autores
que los libros han escrito!

Y, pues aquí lo importante
de la lección da principio,
vamos a cambiar el metro,
que es patrón muy reducido
para las altas medidas
que exige un tema vastísimo,

mas en roman continuando,
porque el «roman paladino»
no ha de ser precisamente
nuestro romance octosílabo
y Gonzalo de Berceo
nos puede prestar su ritmo.

II

Lo que voy a explicaros no es una fantasía;
pues, aunque salta el molde de un raciocinio estrecho,
es una teoría confirmada en el hecho
y un hecho demostrado, según la teoría.
No es cosa que imagino para una poesía,
ni que esté únicamente abrigada en mi pecho,
sino un principio justo que existe en el Derecho
y una cosa palmaria que está en la Geografía.

Un continente, una isla, bloque de tierra,
no es aquello tan sólo que en superficie encierra;
es también lo que se alza, más allá de la sierra,
y la cuña que se hunde y en el centro se aferra.
La propiedad radica, irradiante, en el suelo;
alumbra en sus arcanos las minas del subsuelo
y sale del abismo, para emprender el vuelo,
porque alcanza sin límites el derecho del cielo.

El mapa es un pintado pedazo de papel,
la bella geografía una ciencia moral
y traducir no pueden ni pluma ni pincel
con un trazo el espíritu de ese derecho astral.
En la soberbia loca, que le inspiró Luzbel,
detuvo al hombre un día la confusión fatal;
mas erigió a los cielos su torre de ideal
cuando erigir no pudo la Torre de Babel.

Aún mejor que vosotros, sentado en este pico,
estoy viendo yo ahora lo mismo que os explico;
tiéndese el panorama como en un abanico
y por esta columna va al cielo Puerto Rico.
En el Yunque eminente la dirección concentro,
de aquí sube la Isla del espacio al encuentro
y en lo hondo la columna se clava mar adentro,
como una pirámide invertida hacia el centro.

En el centro geológico el vértice es un punto,
un punto matemático que apoya a la Isla entera
y allí termina abajo su dominio presunto,
donde convergen todos los radios de la esfera.
Pero en la cumbre ignota, al moverse el trasunto
espejismo en progreso del país sin frontera,
la columna de espacio, como todo el conjunto,
interminablemente seguirá su carrera.

Adelántese ahora de nuevo el pequeñito,
rectifique el embuste de su lección escrita
y díganos, si puede, lo que se necesita
para medir la tierra donde nació el bendito.
De nada han de servirle brújula o teodolito
y, si quiere en palabras esta región descrita,
será, igual que las otras: «una parte infinita
que se eleva de un centro hacia el todo infinito».

Cada porción de mundo penetrante en la altura,
que el sol va recorriendo entre ocaso y aurora,
al invisible soplo cambia y se transfigura
en que se desenvuelve la función creadora:
Y en su medio prolífero al rendir la natura
los tipos adaptados de la fauna y la flora,
pinta un clavel la estrella que en el cenit fulgura,
bebe su trino el pájaro en una honda sonora.

Sustancias de la tierra son meridiano y clima,
espíritu el ambiente que su potencia anima;
y el volcán detonante que revienta en la cima;
el arroyo cantante que se argenta en la sima,
el océano libre que rome por el istmo.
Y el fuego aprisionado que ruge en el abismo,
son alícuotas formas del genial proteísmo
que la naturaleza difunde en su organismo.

Así lo relativo compone lo absoluto
y en el proceso múltiple de su vital sistema
cada región del Orbe presentará soluto
con sus factores propios su peculiar problema,
todos así a la vida prestarán su tributo
y en cada país, dócil ante la ley suprema,
será diverso un árbol, será variado un fruto
y diferente un hombre y distinto un poema.

Así diversifícanse los seres y las cosas,
los unos como indígenas, los otros extranjeros,
y ofrecen a las patrias sus prístinos veneros,
al concurso incesante de fuerzas misteriosas,
los claros y sonoros granizos y aguaceros,
traslúcidas escarchas y nieves silenciosas,
el divino perfume de las cándidas rosas
y la lumbre divina de los albos luceros.

En vano se pretende cambiar los patrios lares,
dirimir en cesiones los pueblos sus querellas,
valerse de permutas y concertar con ellas
tratados que perturben los ritmos estelares;
pues sólo triunfarían en estos avatares
los pueblos que lograran, al extinguir sus huellas
arrastrar en sus cambios las tierras por los mares,
los siglos en el tiempo y ante Dios las estrellas.

Dejad a los que piensen con un candor seráfico,

o porque en ello tengan su lucrativo tráfico,
que la unión de dos patrias no es más que tema gráfico
para una ley política, sin valladar geográfico
proseguid fervorosos del ideal en pos,
y orad por ellos mismos a la gracia de Dios,
diciendo humildemente: Señor, perdonadlos,
que no saben lo que hacen, ni lo que hicisteis vos…

III

La lección de geografía
ha terminado, hijo míos,
aunque falta una materia
que explanar sobre lo dicho:

La comunidad histórica
de los elementos íntimos,
que constituyen el alma
de los cuerpos colectivos,
vinientes de igual origen,
tendientes a igual destino
en un fragmento de tierra
por la convivencia unidos
con la unidad, que no funda
ni destruye un artificio.

Geografía es todo eso
y tratarlo no he querido,
para que no dijera que
os daba un curso político.

Mas, para suplir lo tácito,
jamás echéis en olvido
que fue «Borinquen», nuestra Isla,
«tierra del Valiente Indio»,
y que por el Almirante
dióla San Juan nombre en Cristo,
para grabar en su escudo
de la redención el símbolo.

Con esto, buenos muchachos,
romped de la clase el círculo,
y «a volar que el sol cambea»,
como dice el canto jíbaro,
mientras yo muy poco a poco
bajando iré del Luquillo,
no sin que antes, por vez última,
os vuelva a decir a gritos:

«Por este Yunque en el cielo
se prolonga Puerto Rico
y para hundir este Yunque
no hay en el mundo martillo.»

∞ ♥ ∞